

Propiedad de
Vieja de Lalama

BIBLIOTECA

Se venden
libros de Cuesta.

DRAMÁTICA.

LA PIEL DE ZAPA,

Drama fantástico en seis cuadros arreglado del francés por los señores D. L. S. GARAY y D. V. DE LALAMA, para representarse en Madrid el año de 1866.

PERSONAJES.

RAFAEL.	UN MOZO DE FONDA.
RASTIGNAC.	FEDORA.
JOE.	PAULINA.
AMILIA.	SIMONA.
RANCY.	LA SEÑORA GODEX.
EL CRIADO DE JOE.	LEFRANÇO, bailarína.
FIGUROL, labrego.	AQUILINA, id.
EL TÍO SANTIAGO, id.	LA SEÑORA GERVÉ.
UN GUARDIA.	GERTRUDIS DE SCIBELLOS.

CUADRO PRIMERO.

La mujer sin Corazon.

El teatro representa una boardilla. Muebles de forma elegante, pero usados. En un rincón habrá un piano; a la derecha, hacia el fondo, un estante con libros.

ESCENA PRIMERA.

PAULINA.

PAU. (Após trae en la mano tela blanca y la esconde en un cajón de la cómoda.) Si supiera que he velado toda la noche para arreglarle su ropa blanca, se incomodaría. Pensando siempre en sus libros, nunca se ocupa de lo que pasa en su derredor. Gracias a su cuidado, sé gramática, el dibujo, la música, y en breve podré dar lecciones de todo esto. Oh! Entonces tendremos un criado, y mi pobre madre no estará sujeta, cuidando todo el día de la casa. (Mirando por la ventana.) Cómo llueve! No tiene traza de dejarlo en todo el día! Pero señor, ¿a donde irá en el tiempo que hace? Tal vez a casa de esa Condesa, que su amigo Rastignac le ha hecho conocer... De esa coqueta, que después de volverle loco, lo mirará de desesperación! Si ella supiese el horror y la envidia que la tengo!... (enjugando una lágrima.) Mas ¿a qué pensar en estas cosas? Lo que yo siento es, lo mojado y transido de frío que va a venir; y lo peor de todo, sin tener una chispa de lumbre, a pesar del temporal tan erudo que

hace! (escuchando.) Oigo pasos... Si, él es... Cielos qué pálido viene!

ESCENA II.

PAULINA y RAFAEL.

(Entra precipitadamente sin ver a Paulina, con la levita abotonada y el cuello rubido; viene agitado y sacudiendo el sombrero lleno de agua.)

RAF. Cuánta miseria! Por carecer de una miserable peseta, vengo arrecido y empapado!

PAU. (con finquese.) Buenos días, señorito Rafael.

RAF. (Quiero verla, verla otra vez... (Mirando su sombrero.) Mas cómo me presento así! (se sienta sobre la cama.) Oh! necesito dinero! Dinero! (registra sus bolsillos.) Ni un centimo siquiera!) (riendo a Paulina.) A Dios, niña, venís a dar la lección?

PAU. Se me quita la gana de estudiar, cuando os veo tan abatido.

RAF. (cuyéndole una mano.) Decís bien! Por qué no he de ser rico, Paulina?

PAU. Vuestras manos abrasan!... Oh! esa mujer os está quitando la vida.

RAF. Tienes razón, Paulina; no me siento bueno.

PAU. Habéis tomado alguna cosa?

RAF. (tocándose los bolsillos.) (Qué habia de tomar, misero de mí!)

PAU. Tenemos una leche exquisita... Quereis que os traiga una taza?

RAF. Gracias, Paulina... No puedo permitir...

ESCENA III.

Dichos y la señora GODEX con una taza de leche en la mano.

GODEX. (riendo.) Pues yo sí lo permito.

PAU. Madre mía!

RAF. (Esecento mujer!)

GODEX. (dándole la taza.) Vamos, bebed, y eso os tranquilizará.

RAF. (después de beber.) Me siento revivir.

GODEX. Me alegro... Pero qué veo! Estais mojado!...

Os quereis suicidar?

RAF. (Preferible es la muerte a tan continuo sufrir...)

Paulina, os acordáis de aquel pasaje, en que Dios nos pinta a Dios, prunando un vaso de agua, mas pródigoamente que si fuese una gran victoria?

PAU. Sí.

RAF. Pues bien, como es posible que en breve nos separemos, permitid que os manifieste mi gratitud por los cuidados que vos y vuestra buena madre me habeis prodigado.

PAT. ¿Queréis abandonarnos?

RAF. Mi piano, es uno de los mejores de Erard; quedaos con él, pues no me es dable llevarle al sitio donde pretendo ir.

PAT. ¡Cielos! Me hace temblar!

GODEN. ¿Acaso no estáis bien en nuestra compañía? Verdad es, que en este hotel de San Quintín vivió el hijo que en algunos años; tres después de tres años que hace estáis en esta casa, ya podéis estar ya estubido.

RAF. Con lo que prodúzca la venta de mis muebles, cobrará cuanto os debe.

GODEN. Comprendo; os avergonzáis de darnos una bagatela! Ya se ve, como sois tan marqués...

RAF. *(Sorprendido.)* Quién os ha contado tal cosa?

GODEN. Sé vuestra historia; Jonatás, ese criado anciano, que lo fue de vuestro difunto padre, es quien me la ha dicho. *(Estrechándole cariñosamente.)* Cuán bueno sois! Sé que habeis cedido la dote de vuestra madre, que importaba seiscientos mil francos, para pagar las deudas que había contraído vuestro padre, quien se arruinó en empresas comerciales. El mis-mo me dijo, que os quedaron tan solo unos mil y quinientos francos, con los cuales vivís desde hace tres años. Ya se ve, cómo vivir con esa suma! Impecemos por contar la habitación; el desayuno, la comida...

RAF. Bien, basta.

GODEN. Por lo tanto, si obrando de ese modo nos debéis alguna cosa, no tenéis por qué avergonzaros! Además, si vos sois Marqués, sabed que tratáis con una baronesa... Con la Baronesa de Wisno, por la gracia de S. M. el emperador. Esa misma que estáis viendo, es ahijada de la princesa Borgues; y si mi pobre Goden no se hubiera dejado coger por los rusos en la Berezina, mi Paulina hubiese sido educada en la región de Honor, entre centenares de Duques y Princesas.

PAT. Para eso tendría que vivir separada de mi querida madre, sin que por lo tanto hubiese aprendido mas que aquí.

GODEN. Tienes razón, hija mía; estás tan bien educada como una Emperatriz; y este Señor, sin tener en cuenta sus beneficios, quiere abandonarnos!

RAF. Señora Goden, es preciso.

GODEN. Vamos, os digo que os quedareis; además, tengo presentimiento de que hemos de ser ricos. Quizás vos encontréis un editor para vuestra obra, y en cuanto a nosotros, no falta quien afirme, que Goden, mi marido, no murió en Siberia, sino que fue a Los Indios para hacer fortuna, y que el día menos pensado ha de venir cargado de millones. Dios mío, me estoy charlando, y en tanto la lumbre se me pasa. *(Llevándose la taza.)* Hasta después, ingrato, y no desmayar!

PAT. A Dios, Rafael.

RAF. A Dios, Paulina. *(vanse las dos.)*

ESCENA IV.

RAFAEL, solo, mirando a Paulina.

¡Oh, qué me es ti a quien amo, encantadora niña!

Cuán insensato he sido! Teniendo ante mis ojos la virtud, me he dejado seducir por el egoísmo y la falsedad! Basta ya de debilidad y de humillaciones. Llega la hora en que he de ser hombre, y lo seré. *(Mirando los papeles esparcidos sobre el bufete.)* He aquí mis trabajos a medio concluir. Frutos queridos de mis viciadas, vosotros que me habeis consolado en mi miseria, vosotros que me habríais dado la gloria, y quizás la fortuna, quedaos con Dios, con Dios para siempre. *(Se vuelve al ruido que hace Rastignac al entrar y esclamando.)* Rastignac!

ESCENA V.

RAFAEL y RASTIGNAC.

RAF. Yo mismo, querido, que vengo a pedirte un favor.

RAF. Pide, amigo mío.

RAF. Préstame diez luises.

RAF. *(Riendo.)* Diez luises! A buena parte vienes!

RAF. No los tienes quizás?

RAF. El quizás, es lo que me hace gracia.

RAF. Pues dame lo que puedas; cincuenta francos, veinte francos, aunque sean cien sues. A nadie le faltan cien sues, como no sea a mí.

RAF. Y a mí, mi buen amigo. Aquí donde me ves, aun estaría en ayunas, si no fuese tan caritativa mi patrona.

RAF. Canario! Mis ilusiones se han desvanecido. Qué lastima de sota!

RAF. Como! Es para jugar...

RAF. ¿Que quieres? Ayer perdí cuanto tenía, y necesito rehacerme para salir de un compromiso que tengo.—Figurate, que he ofrecido un barril de buen vino, a la adorada de un capitalista.

RAF. Has renunciado la medicina?

RAF. No, ella es la que me ha desahuciado; no encuentro un enfermo que se deje curar por mí. Pero hablemos de otra cosa; qué tal te va en tus amores con Fedora?

RAF. Fedora es la causa de mi muerte! Prefiero mil veces terminar mi existencia, que sufrir lo que esa mujer me hace sufrir. Ahora estaba pensando en hollar el medio de terminar esta lucha... Te parece bien el opio?

RAF. Se sufre horriblemente!

RAF. Y la asfixia.

RAF. Es propio de gente inculta.

RAF. Y el Sena?

RAF. Puf! Por no verme espuesto en aquella inmundicia Capilla...

RAF. Entonces... la pistola!

RAF. Si no te apuntas bien, y te deshaces una mandibula, quedas bonito para pretender otra deidad.

RAF. Pues de alguna manera he de concluir!

RAF. Ya lo creo! Cástate con ella!

RAF. Estas loco?

RAF. No por cierto; por ahí acabaré yo tambien! Mi bella vida, solo quiere que la hablen de casamiento... Es una hermosa criatura, un poco gruesa, nacida en la Alsacia, y muy dada a la lectura de Juan Paul, Schiller y Kaut, y una multitud de libros hidráulicos; llora leyendo a Goethe, y me veo obligado a llorar con ella, por complacerla. Posee veinticinco mil libras de renta; y tiene el pie mas pequeño, y la mano mejor torneada de la tierra.

RAF. Veo que eres afortunado.

RAF. Según un axioma filosófico, no hay ser mas desgraciado, que el que se obstina en serlo. Y a qué altura te encuentras con la bella moscovita?

Raf. Bastante mas lejos, que hace tres meses, cuando por mi desgracia me presentaste a ella.

Ras. Ya se vé, te manifestaste como un tipo original!

Raf. Salí enamorado, seducido por ella. Entonces comprendí lo que atraió a casa de Fedora a tintorista, diplomático y agitistas de doble fondo, como sus ejes. No se distinguía con ninguno, para distinguirse con todos. Por regla general, las mujeres coquetas, hasta que llegan a amar de veras...

Ras. Solo, que á veces obtienen el odio, los que esperaban su amor.

Raf. No te comprendo.

Ras. Aludo a ciertos rumores que corren acerca de Fedora.

Raf. Explicáte.

Ras. Dices que es vengativa, e irrazón la en sus odios: procura saber cual es su enemigo mortal, y presentate á ella como su defensor y serás su amante.

Raf. Crees en semejantes calumnias?

Ras. No olvíes que la Condesa ha dejado en Moscú una reputación dudosa. El embajador no la recibe en su casa, y la saludó ligeramente, cuando la encuentra en el bosque de Bologna.

Raf. Pues tiene muchas visitas; y el verano último, lo pasó en el Palacio del Mariscal Ratisbon.

Ras. En Francia, su reputación está intacta; y como mujer hábil, llegará hasta donde se le antoje. Veo que estás locamente enamorado de ella.

Raf. Fui á pie hasta el arrabal de San Honoré, donde vive Fedora, entre su casa y la calle del Harpa, media París entero; pues á pesar de esto, y del frío que hacía, el camino se me hizo corto... Quién sino yo, emprende la conquista de Fedora, en un invierno tan crudo, cuando apenas tenía treinta francos, y cuando la distancia que nos separaba es tan inmensa?...

Ras. Y al siguiente día irías á verla!

Raf. No he faltado uno. Quién en mi lugar no se hubiese creído amado! Si alguna vez iba mas tarde que de costumbre, es imposible describir las coquetterías y quejeras que formulaba... He sido su mas asiduo adalid: la he acompañado á los paseos, á la ópera, y Dios me perdone, hasta la Iglesia. Cuantos sacrificios no he hecho por esa mujer! Abandonar mi trabajo, y ayunar, no ha sido nada! Pero atravesar las calles de París sin llenarme de fango; corriendo, para huir del agua... llegar á su casa tan elegante como los nobles con quien se distraía, era una tarea llena de dificultades y peligros. Mi dicha y mi amor dependían de que no se viesen sobre mi único chaleco blanco, la menor mancha! Con decir, que ni aun poseía 25 céntimos para que me limpiasen las botas, si me ocurría algún tropiezo, está dicho todo.

Ras. Enamorado y lleno de barro, es un suplicio olvidado por el Dinte.

Raf. Pues todos esos tormentos y otros mayores, si es posible, y hasta mi vida entera, daría al que me dices: espera, serás amigo de Fedora! Oh! Es preciso que esa mujer sea mía, ó que un abismo nos separe para siempre! La he escrito una carta, pidiéndola una entrevista, y... esta noche, tal vez, será la última que penetre en su seductora morada.

ESCENA VI.

RAFAEL, RASTIGNAC, y FEDORA.

Fed. *(Entrando.)* No os toméis esa molestia, caballero.

Raf. *(asombrado.)* Fedora! Vos en mi casa!

Fed. No me lo agradezcáis.—He sido en coche para ir al Luxemburgo, y se me antojó venir á polir vuestro brazo, para que me acompañéis.

Ras. *(Implacable curiosidad la de las mujeres!)*

Raf. Como habeis sabido?...

Fed. Por una casualidad he descubierto lo que vos me ocultabais: pues al visitarme esta mañana vuestro amigo Rancy, me dejó una tarjeta vuestra, en vez de la suya. *(mirando en derredor.)* Sabéis que vuestra habitación, no es de las mas confortables?

Raf. Señora, he sufrido con resignación mi pobreza, sin avergonzarme de ella. Ahora os pareceré culpable, porque por no dar lugar á que me despidan vuestros criados...

Fed. Me habeis mentido y engañado?

Raf. No miréis la miseria como un crimen.

Fed. Amigo mío, hay dos clases de miseria; la una que se deja ver por las calles en harapos, que se alimenta con poco, y que desprecia cuanto de grande hay en el mundo... La otra, es una miseria de lujo, distraída de chaleco blanco y guantes de color de paja; miseria que oculta la mendicidad bajo un título. *(con intención.)* No sois Marqués?

Raf. Señora!...

Ras. *(Algo brusca es la explicación; pero clara.)*

Fed. Habeis escogido la peor de las miserias, la menos honesta: no tengo yo la culpa.

Raf. *(con intención.)* Por qué ocultarlo! Os hubierais dignado dirigirme una mirada, si en la palidez que en mi habeis notado, hubieseis descubierto el hambre y el sufrimiento? Pues qué, uno solo de vuestros caprichos, no devoraba mi fortuna? Ayer mismo, por llevaros un ramillete, vendí... Dios me lo perdone! el retrato de mi madre!

Ras. *(Infeliz! Nada de eso commoverá á esta mujer!)*

Fed. Amigo mío, el amor es una especulación como otra cualquiera: desgraciada de la tonta que se deja llevar por tales idolatrías! Desde que he venido á Francia, mi fortuna ha escitado el entusiasmo de muchos adoradores... de oficio; he recibido declaraciones, que hubieran podido satisfacer mi amor propio... pero creo no extrañéis, el que estime mi persona y mi fortuna, en mucho mas de lo que vale un maltrigo. Siento en el alma vuestras extravagantes prodigalidades, y si hubiese sabido la altura de vuestro numerario, no habria aceptado vuestros perfumados ramilletes. *(riendo.)*

Ras. *(Buen desengaño, y á tiempo!)*

Raf. *(agitado.)* Oh! Ahora comprendo, que se puede matar á una mujer!

Fed. *(asustada.)* Caballero!

Raf. Fedora, perdonadme, estoy loco! Yo amenazarte! Yo, que daría por tí cuanto me resta de vida!

Fed. A ciento he oído lo mismo: permitidme que me retire.

Raf. *(Colocándose ante ella.)* Fedora, os casarais con un millonario?

Fed. Tal vez... Si era Duque... A Dios, Señor Marqués! *(vase riendo.)*

ESCENA VII.

RAFAEL y RASTIGNAC.

Ras. Estás satisfecho! Deseabas un abismo entre los dos, y ya lo tienes, y bien profundo.

Raf. Sí, en el me sepultaré! Verdad es que esa mujer me ha insultado y despreciado: aun cuando tú

hagas lo mismo, me oirás decir que daría diez años de mi vida, por verla una sola vez.

RAS. Gracias, providencia! Baseaba un enfermo, y me le concedes de la especie más curiosa.

RAF. Yo también la desprecio: pero quiero verla una sola vez, deslumbrarla con mi lujo, rodeado de criados, con magníficos trenes... Oh! Quiero ser rico, muy rico!

RAS. Veo que te pones cada vez peor; eso no es natural; quitate ese vestido empapado en agua.

RAF. No es nada... nada... Oh! mi cabeza huye de mis hombros.

RAS. *(Quitándole la ropa.)* Acuéstate pronto: obedece á tu amigo y á tu médico.

RAF. *(Después hubiere.)* Quiero vengarme de Fedora: esta sola idea me da fuerza y alegría. Esta idea me embriega.

RAS. *(Poniéndole.)* No tal! Es la fiebre que te está devorando.

RAF. Si, si, me siento débil... yo desfallezco... Ah! *(Cae.)*

RAS. Diantre! Le ha atacado al cerebro! No perdamos tiempo, no sea que sobrevenga la congestión. *(Le da una campanilla.)*

ESCENA VIII.

DICHOS Y PAULINA.

PA. Habeis llamado, Señor Rafael? *(Mirándole en el suelo.)* Cielos! qué es lo que le pasa?

RAS. Silencio! Rogad á Dios por él, mientras yo estudio el medio de salvarle! *(Paulina se arrodilla al pie de la cama, y hástigase acerca su rostro al de Rafael.)*

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO II.

Querer, poder y saber.

El teatro representa un salón de antigüedades, provisto de muchos antiguos. Se ven armaduras completas, estatuas, cuadros antiguos, esquelos, animales disecados, etc. Es casi de noche.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL y un criado.

(Alzarse el telón se verá al criado dormido en un sillón; Rafael entra con precaución.)

RAF. Un almacén de antigüedades! Me alegro tener dónde matar el tiempo, hasta que llegue la noche. Con tanto vago como se ve por todas partes, no puede uno ni aun suicidarse con tranquilidad! Nunca ha de faltar uno que nos salve por humanidad, y por los veinte y cinco francos que abona la policía. Eso de dejarse pescar vivo, es demasiado ridículo. *(El criado se despierta morriéndose con ruido.)* Calla! quién hay aquí?

CRIO. *(Levantándose.)* Qué busca el parroquiano? Buenos ya á cerrar.

RAF. Tan pronto?

CRIO. El Señor Job quiere que se cierre al amanecer, porque el aceite está muy caro. Sin embargo, si queréis ver algunas antigüedades, aun tenemos luz suficiente. Ese es un eodrillo del Nilo; aquel cuadro es Malama Dubarry, al pastel, en traje de Napolé... Este es el casco de Sesestris,

esto es la Almada de la Melúsa, en libano... aquel otro es el busto del papamoscas en chocolate... este es el sonajero de la Reina de Navarra.

RAF. Sobrias curiosidades!

CRIO. Ese par de medias, son las que tenía al morir el hombre de la máscara de hierro... esa piedra es una imitación del diamante del gran Mogol. Un inglés ha ofrecido 25 luises por ella.

RAF. Y por qué no la habeis dado?

CRIO. Porque quería el diamante con ella.

RAF. *(Mirando á la caja.)* Yo, en la menos gente, y empiezan á entender los folios.

CRIO. Este es un paquete de asignaciones, encontrado en el bolsillo del Árabe Soliman, asesino del General Klever, lo cual prueba que la Inglaterra seducía á los enemigos de la Francia. Vos estais impaciente? Esperais á alguien?

RAF. *(Ganemos tiempo.)* *(alto.)* Espero á un naturalista que quiere hacer algunas compras. *(Mirando á un lado.)* Qué contiene aquella caja que teneis colgada?

CRIO. Una pintura de gran mérito; el amo tiene la llave; si queréis verla, entrare á avisarle.

RAF. Acaso es un principe el Señor Job?

CRIO. No puedo contestaros.

RAF. Pues bien, decidle que quiero ver el cuadro. *(Vase el criado.)*

ESCENA II.

RAFAEL, mirando por la ventana.

Hasta cuándo se estarán ahí esos dos individuos? Tal vez sean dos amantes. Oh! Quién fuese él, si ella fuese Fedora!... A qué pensar en esa mujer! Ya se van! Gracias al cielo! *(Se dirige á la puerta, y se encuentra cara á cara con Job, que con una lámpara en la mano, le observaba hace un instante.)*

ESCENA III.

RAFAEL y JOB, *(Job, viejo alto, y seco, con bata de terciopelo negro, rodeada de un grueso cordón de seda; casaca también negra, debajo del cual salen rizos de pelos blancos.)*

RAF. *(Quién es este espectro?)*

JOB. *(Acercándosele.)* Monsegnore, volete veder il quadro de Alexandro il grande?

RAF. Qué diablos de Italiano.

JOB. Vois sapete, que Apelles es le unico pittore digno de fare il retrato de un grande huome.

RAF. Si, si... En mis tiempos lei á Quinto Curcio *(Queda pensativo mientras que Job coloca la lámpara sobre un taburete, y abre la caja donde está encerrado el retrato.)*

JOB. *(Descubriéndole.)* Mio caro, bedete questa joya... questo vale molto mille de piastras.

RAF. *(Siguiendo su idea.)* No hay remedio, es preciso morir.

JOB. *(Tratando de defenderse.)* Oh! Tu volete asesinare, per me volere il quadro?

RAF. No se trata de vosotros... es de mí, de quien hablo.

JOB. *(Desconfiando.)* Questo es diferente.

RAF. Esperando la noche, para ahogarme sin causar escándalo, es por lo que he venido á ver vuestras antigüedades.

JOB. C'mè! Vostra fortuna á mancato? Voi siete desonorato?

RAF. No tal.

JOB. E le esplin il vostro male?

RAF. En breves palabras, pues ni aun aliento para hablar tengo, os diré, que me veo acometido por la miseria mas espantosa... (*Job retrocede.*) Tranquilizos, anciano... No vengo a pedir nada.

JOB. (*Riéndose maliciosamente.*) Magnífico! Mio caro, io peso, senza donaros un obolo, faré vostra persona le honno più fortunato y considerado del mondo.

RAF. (Con que loco habre venido a tropezar.)

JOB. (*Queriendo la luz à un objeto colgado en la pared.*) Non conoscete questa pie!e?

RAF. La piel de zapa?

JOB. (*Poniéndola al traves de la luz.*) Vedete.

RAF. Eso es lo que los orientalistas llaman el sello de Salomón.

JOB. Yustamente.

RAF. Bah! Aun cuando se dice que ese es un talisman muy precioso, no soy tan demente que crea en los hechizos.

JOB. Mio caro, conoscete vostra sentenza!

RAF. (*Lejendo.*) Si me poses, obtendrás cuanto quieras. Mas tu vida me ha de pertenecer. Tus deseos serán satisfechos. Arregla tus deseos como tu vida; pues del mismo modo desaparezo yo tambien. (*Queda pensativo.*)

JOB. (E difficile què prefera la morte.)

RAF. Y qué es ese signo que se nota al final?

JOB. Lingua calda.

RAF. No la conozco... Cómo es que vos no usais de este talisman?

JOB. Perché io non dico niente.

RAF. Nada?

JOB. Ma fortuna consiste in queste due parole; quer-er es poder.

RAF. (*Con la piel en la mano.*) Esos son los atributos de Dios.

JOB. Y del diablo! Il querer nos abraza.... il podere non fa la morte; il attributo de Dio, es il sapere.... dona la calma, la resignatione, è la felicità!... il loco vive! y el more, è per eso il more giovane.... Mio caro, io sono de chento due anni, è io non à ni catarro ni reumatisme, ni paralisia.

RAF. Buona città!

JOB. Il giovane ama la ricchezza subita... il piacere, le honore rapida come la pólvora, e per questa ragione io volo te donare questi talismane.

RAF. Qué me importa tu fria ciencia ni tu vida prolongada, si caminas hacia la tumba sin deseos, sin temor y sin esperanza? Antes de dar mi cuerpo à la tierra, quiero ser dichoso un año, un mes, un dia, aun cuando se una hora.

JOB. Insensato!

RAF. Insensato, porque creo que todo esto es una farsa y un cuento arabe? (*Poniendole la piel sobre el pecho.*) Oyene pues: à mi tu poder, à ti mi vida; los dos señores, y ambos esclavos à la vez. (*Il decir esto, un relámpago, seguido de un trueno. Ilumina la escena.*)

JOB. (*Caerendo de rodillas.*) Pietà signore... io sonno morto!

RAF. (*asombreado.*) Cómo! Satanás obedece! Luego este talisman es verdadero! Ah! quiero gozar de todos los placeres de la vida. (*Alzando la piel.*) Pido à este siniestro poder, que me funda en una todas las alegrías... Deseo el olvido de la embriaguez... cánticos que hagan despertar los muertos, y cuyo ruido pase sobre París, como el chasquido de un incendio.

JOB. (*levantándose.*) Giovene! Giovene! In nomine tuo non solo le piacere vostro deso... è la orgia!

RAF. La orgia! Sea en buen hora; conmigo la has de disfrutar; y para conseguirlo, quiero que todos la audian s rejuvenezcan. (*La voz de Rafael, desaparece el rayo de Job, y todo su traje, quedando convertido en un joven de levita muy elegante.*)

JOB. Io, per pietà!... Ma qui vedo? Io giovene, io giovene! Sono molto vene, molto vene! (*corre lleno de alegría de un extremo à otro.*)

RAF. No veis cuán bello estais en ese traje, y no con vuestra bata y casquete negro? Ahora solo te resta, que Job el centenario, el judío, se enamore locamente de una bailarina... Al efecto, desce que se cambie esta estancia, en un saln de baile, del teatro de la ópera.

(A la voz de Rafael, todo el teatro y los muebles, se cambian en un salón de baile del teatro de la grande ópera, en el momento de ejecutarse un valsable, el cual tiene lugar, retirándose Job y Rafael à un lado; terminado aquel, las bailarinas pasean por el teatro, y Job se mezcla y examina los grupos de estas.)

JOB. Una bailarina? Supervo! Supervo?... io mi sento giovene de veinte años. (*baile.*)

ESCENA IV.

RAFAEL, JOB, RASTIGNAC, ENFRASIA, AQUILINA y bailarinas.

JOB. (*mirando à las jóvenes.*) Oh! per Christo! Cuanta divinita! Cuanta bellezza! (*señalando à Enfrasia.*) Questa giovene sembra un arcàngelo. (*se acerca à Enfrasia y le habla en secreto.*)

RAF. (*sonriéndose.*) Pobre loco!

RAS. No sabeis, amigas mías, cuánto siento no haber traído en mi compañía, al bueno de Rafael.

RAF. (Qué oigo! Rastignac aquí!)

AQUIL. Lastima es no verle entre nosotros.

RAS. En vano le he buscado por todo París; pero os prometo no descansar hasta que dé con él.

RAF. Por qué es ese desce? Aquí me teneis.

TODAS. Viva Rafael!

RAS. Hemos encontrado a un rico manguitero, que se le ha puesto en la cabeza convertirse en importante hombre de Estado, y ser embajador; para conseguirlo, se ha hecho fundador de un gran periódico satirico, titulado: *el Escorpion*, de cuya direccion quiere que te encargues. (*à las bailarinas.*) Aquí teneis à nuestro director.

TODAS. Viva.

RAF. Harto tiempo he hecho la vida de anacoreta; ahora quiero encontrar en la embriaguez y los placeres, el balsamo que cicatrice las heridas del corazon.

RAS. Yo me encargo de escribir la revista médica y de hospitales, así como el análisis de los sistemas alopatrico, homeopático, hidropático, empirico y magnetico. Laurent escribirá sobre azúcares indigenas, economía política, estadística industrial y mercurial. Mr. Tarteró, autor de un drama silvado, la critica de autores y teatros. La crónica escandalosa de París, estará única y exclusivamente, bajo la direccion del vize-nde de Rancy.

RAF. Rancey!

RAS. Le conoces? Segun noticias, es uno de tus numerosos rivales cerca de Fedora.

RAF. Te suplico no mientes mas ese nombre.

RAS. Te incomoda que se repita? Pues en cambio toma

mi viuda Alsaciana, en la que he descubierto, que tiene seis dedos en el pie izquierdo. Me es insufrible una cosa tan ridícula, pues á medida que disminuye su fortuna, van aumentándose sus dedos. Prefiero mil veces á Fedora.

RAF. (Siempre ese nombre fatal!)

ET. (cogiendo á Job de la mano, y presentándole á sus compañeras.) Señoras, aquí os presento un fenómeno viviente.

JOB. (desasisténdose.) Mia signorina, voy siete tanti bella, quanti feroce. (risa general.)

RAS. De qué sepulcro ha salido esa momia?

JOB. (indignado.) Io non sono momia.

RAF. Es el señor Job, un pozo de ciencia, y un río de oro! Su lecho está formado por billetes de banco; el pavimento de su casa está cubierto de piedras preciosas; además, es generoso como un mejicano, y prodigo como un hijo de familia.

AQUIL. (rodándole.) Venid con nosotras; aquí estaréis mejor.

ET. (agarrándole del brazo.) No tal; yo le he presentado, y á mí me pertenece.

AQUIL. A mí, á mí. (heriéndose.)

TODAS. A nosotras, á nosotras. (heriéndose.)

RAF. (Oh! poder del oro!)

JOB. (á Eufrasia.) Gracie, mi bella signorina.

RAF. Tengo sed; yo quiero beber; vengan los vinos mas esquisitos de Chipre... Yo lo mando.

(De debajo del tablado sale un rico apardado, cubierto con jarrones de Sobres, bandejas con copas, y gran cantidad de botellas de cristal, con licores de todas clases.)

RAS. Diab! Qué pronto te has visto obedecido!

RAF. Y tú, hermosa mía, escanciame una copa, (á una bailarina.) de ese licor, que hace olvidar las penas del corazón. (otra toma en una servilla una copa de oro, un jarro de Sobres, y le echan vino en la copa, que Rafael bebe.) Mas, escanciame mas; á beber sin cesar. (todos hacen y Rafael variis veces.)

ET. (á Job, á media voz.) Os aseguro que valeis mas que algunos jóvenes.

JOB. Oh! il mio core, es ancora molto giovane.

RAS. (alegre.) Viva el vino y la alegría! Oye, Rastignac, cuando yo sea rico, pagaré todas tus deudas...

Pero qué digo? Ya soy rico y millonario.

RAS. Si no estás rico, por de pronto estás embriagado!

RAF. Estoy ebrio de poder!... Puedo pulverizarte! Yo soy Nerón. Nabucodonosor! Quiero vengarme del mundo entero! Así será amado de Fedora.

RAS. Quieres callar! Si gritas de esa suerte, te llevaré á la cama.

RAF. (sacando su talisman del bolsillo, y agitando con aire de triunfo.) Veis esta piel? Es el testamento de Salomon... Alia es la Arabia petrificada, y el universo todo. (á Rastignac.) Serás mío si quiero; puedo comprar toda tu ciencia... tus enfermos ideales, y hasta hacerte mi criado.

RAS. Seré tu criado, siempre que sea con decencia; no eres mi director?

RAF. Oye, esta piel se encoge en cuanto tengo un deseo; y sino vas á verlo. Dadme un pañuelo y un lapicero. (se lo dan.)

ET. (bufa á Job.) Todas las mañanas voy á las Tuherías.

JOB. Io volo vederte, alli estare.

RAF. (que ha trazado sobre el pañuelo, con el lapiz, los contornos y figura de la piel.) El universo está contenido en esta figura, y antes de cinco minutos, poseo tener trescientos mil francos. (en el centro de

la mesa, aparece un cofrecito de oro, abierto, lleno de monedas de este metal.)

RAS. (observando.) Qué veo! (tomándolo.) Aquí tienes un cofrecito lleno de oro!

TODAS. Cuánto oro!

RAF. Ah! (todos rodean á Rafael, el cual está pálido, y se lleva la mano al corazón.)

RAS. Qué pálido estás!

JOB. Eso es el talisman.

RAF. No cabe duda. (estendiendo la piel sobre el pañuelo que ha colocado en el suelo, y se separa dando un grito.) Cielos!

RAS. Qué has visto?

RAF. La muerte!

RAS. (observando.) En efecto, la piel se ha encogido.

TODAS. (mirando el pañuelo.) Es cierto!

RAF. (cogiendo la piel.) Atrás, miserables! Vosotros me habeis asesinado, haciéndome perder la razón. (todos se alejan aterrados.) Morir, cuando ya era millonario! (cae en los brazos de Rastignac, todos se acercan á socorrerle, y eae el telon.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO III.

Una limosna, por amor de Dios.

Un salon iluminado.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL, RASTIGNAC, GERTRUDIS Y RANCY.

Durante este cuadro, se oirá música á lo lejos, y se verá circular por el fondo del teatro, varios grupos, de modo que nunca quede la escena sola. Todas las mujeres llevan disfraz y careta. Algunos hombres, únicamente entre otros, Rafael, Rastignac y Rancy, visten traje de calle.

RAF. (á Rastignac.) Te agradezco en el alma tu invitación para asistir á este baile.

RAS. Ha sido preciso hacerlo, toda vez que la puerta de tu casa está cerrada, como si fuese una fortaleza. Tres meses te he buscado por todo París, y hasta ayer no pude echarte la vista encima. Llegué á tu casa minutos despues que tú; pregunto por tí, y tu portero, verdadero suizo, me contesta que allí no vive el Señor Rafael, sino el Marqués de Ville-Cresne, y que no recibia á nadie.

RAF. Verdad es, pero si hubiese adivinado que tu ibas...

RAS. A qué viene esa reclusion, viviendo en un palacio? Si fuese cuando vivias en el granero de San Quintín?

RAF. Aquellos eran mis buenos tiempos.

RAS. Buenos, y quisiste arrojarte al río?

RAF. Entonces nada me hacia amar la vida, y ahora mira mis ojos apagados, livido el semblante; crees que así puedo vivir mucho tiempo?

RAS. Para qué diablos te sirven los millones? Por qué no te distraes? Para qué has deseado riquezas?

RAF. Ahora nada deseo.

RAS. Ni hacerte adorar de tu bella Fedora? Ni deslumbrarla y humillarla con tu lujo y tus trenes?

RAF. Ni sé si he amado á esa mujer.

RAS. Vaya una memoria! En tu lugar yo hubiese dispuesto...

RAF. Yo nada puedo hacer en el mundo, sin dar un

paso hacia la tumba. *(Sacando la piel de Zapa de su bolsillo.)* Has olvidado la mortífera virtud de este talismán?

RAS. Continúas creyendo en esa piel de Zapa?

RAF. Amigo mío, no recuerdas de qué manera tan prodigiosa se realizaron mis deseos?

RAS. Eso fue una casualidad.

RAF. Y es también casualidad el aminoramiento de la piel?

RAS. El vino nos hacía ver visiones.

RAF. Di lo que quieras; por mi parte, contemplo esta piel, como si fuese un tigre, con el cual me es preciso vivir, huyendo su ferocidad.

RAS. Te compadezco, amigo mío; tu tigre está en la cabeza.

RAF. Si estoy loco, tú no me has de curar; así pues, dime lo que me quieres.

RAS. Decirte, que el Escorpion ha muerto.

RAF. Como!

RAS. Su propietario, el buen Guillermo, nuestro manguitero, tuvo hace poco la audacia de pedirnos cuentas.

RAF. De verás!

RAS. Nosotros le hemos enviado las de Tortoni y de Befur, y el muy imbécil, se amostazó de tal manera, que nos retiró los fondos... Así pues, estoy decidido á casarme...

RAF. Con la Abaciana de los seis dedos en el pie?

RAS. La misma; la cual, aunque hoy no posee mas que diez mil francos de renta, tiene tal miedo á los celos, que por huir de ellos, quiere que me cree una ocupación.

RAF. Y qué piensas hacer?

RAS. He solicitado y obtenido el cargo de médico inspector de los baños de Mont-Dore. Vente conmigo; aquellos aires y sus muchas distracciones, te darán la vida.

RAF. Me parece que tienes razon, pues ya casi me siento otro, desde que respiro esta atmósfera de placer y alegría.

RAS. Quieres dar una vuelta por el salón?

RAF. Con mucho gusto. *(Suben la escena y Gertrudis, que acaba de separarse de un máscara con quien bailó, se coge del brazo de Rastignac; Rafael se dirige al fondo sin ocultarse.)*

RAS. *(á Gertrudis que está vestida de Húngara.)* Mi querida Gertrudis, si os quisiese menos, os diría que sois insoportable.

GER. Por qué, amigo mío, por qué!

RAS. *(á Rafael que se acerca.)* Aquí te presento á la Señora Baronesa, mi futura esposa. *(á Gertrudis.)* El Señor es el Marqués de Ville-Cresne, mi mejor amigo.

RAS. *(acercándose.)* Buenas noches, Señores; se divierten ustedes mucho?

RAS. Yo siempre, amigo mío.

GER. Pues yo me aburro.

RAS. Gracias. *(á Rancey.)* Qué os ha pasado, que tan mustio venís?

RAN. Qué queréis? Mis manías de siempre.

RAS. Constante tras de Fedora?

RAF. Pobre Rancey! Aún la tiene amor!

RAN. Mas que nunca; esta noche, cuando fui á su casa, la encontré tendida en un diván, con un humor de los diablos; y no solo no ha querido acompañarme, sino que ni me ha permitido estar á su lado.

RAF. Si tenía mal humor, de fijo viene al baile.

RAN. Lo creéis posible?

RAF. Tan posible, que no tenéis mas que mirar aquel dominó blanco, que viene por el fondo como buscando á alguno.

RAN. En efecto; es su estatura, su manera de andar...

RAF. Me bastó querer para conseguirlo; otro paso hacia la tumba... Al menos, me vengaré de esa mujer.)

RAN. Por mi vida, que he de enseñarla á no burlarse de un caballero.)

ESCENA II.

Dichos y FEDORA, con dominó blanco.

FED. *(acercándose á Rafael con asombro.)* Rafael!

RAF. El mismo, señora Condesa; tal vez no creáis encontrarne aquí.

FED. Si tal; un secreto presentimiento me lo decía.

RAF. *(á Rancey.)* Lo veis?

RAN. *(acercándose.)* Estáis mas aliviada, Condesa?

FED. *(con altivez.)* Caballero, os creía un hombre de mas mundo. *(se pone á hablar bajo con Rastignac.)*

RAN. Señora me figuraba...

RAF. *(interrumpiéndole.)* *(Callaos; esta mujer no es digna de vuestra cédula; se está burlando de vos, como se burló de mí.)*

RAN. *(Como es posible creerlo?)* *(Fedora se ha sentado en un canapé, y Rafael á su lado de pie; los otros detras de ella y Rafael.)*

RAF. Observad y oid. *(Rancey y Rastignac se separan un poco.)* Cuánto descaba encontraros, Fedora!

FED. Qué ha sido de vos, durante estos tres meses?

RAF. He sido muy desgraciado!

FED. Desgraciado, con tantos millones? *(con coquetería, y jugando con el abanico.)*

RAF. *(Bajo á Rancey.)* Comprendéis por lo que estaba de mal humor? *(á Fedora.)* Y para qué quiero yo esos millones, cuando vuestra crueldad y desden, me han hecho desear mil veces la muerte? *(fingiendo apasionamiento.)*

FED. La muerte! *(con coquetería e incredulidad toda la escena.)*

RAF. *(ObsérRANDO.)* Mas de una la he invocado; un día estuve á punto de alcanzarla; pero tan hedionda y tan cruel, que me detuve cuando solo me faltaba dar un paso.

FED. *(sonriendo.)* Hay ciertos pasos, que por difíciles y peligrosos que sean, casi nunca se dan.

RAF. *(reprimiendo su indignación.)* Tal vez mi indecisión, oscureció vuestra gloria...

FED. *(Se ha indignado! Aún me ama!...)* *(alto.)* Por qué tal locura? Quién se quita la vida por un capricho de mujer? Con tanto como habeis estudiado el corazón humano, ignorais que el amor no corresponde, se venga con el desaire y la indiferencia?

RAF. *(acercándose á Rancey, sin que ella le vea.)* Qué decís?

FED. Si en vez de abandonarme, despues de aquella escena cruel, hubiéscis venido á mí, sabríais...

RAF. Qué?... Hablad!...

FED. *(coquetería.)* A qué remover cenizas mal apagadas?

RAF. Me amábais, Fedora?

FED. *(fingiendo rubor.)* No me lo preguntéis, Rafael.

RAF. *(tomando de oculto la mano de Rancey.)* Oh! por piedad! No destruyais la esperanza que habeis hecho renacer en mi corazón! Perdonadme si os he ofendido; pero decidme si me amais!

FED. *(acercándose con pasión.)* Y si os digese que sí?

RAF. (*erguido.*) Entoncec os diria: mentis miserablemente.

FED. (*retrocediendo.*) Qué oigo! (*viendo á Rancy.* Rastignac y Gertrudis que estan detras del canape.) Esto es una traición! Nos escuchaban!

RAF. Y eso os admira?... No podiais figuraros que este hombre que se hizo vuestro esclavo, que quiso suicidarse por vos, legaria á tener un corazon de mármol como el vuestro?

FED. No crecí en el amor?

RAF. Creo en el amor casto y sincero que se hermana con nuestras penas y alegrías; pero no en el amor impuro y egoísta. Creo en el amor que inspiró á Paulina, niña que amaba por una necesidad de su corazon. Oh! Cuán vengada has de quedar, cuando sepas á qué rival le preferido.

FED. (*riendo.*) Me crecí la rival de Paulina?

RAF. Vergüenza ha de causarle esta rivalidad.

FED. Y quien es Paulina? Una costurera sentimental, dada á los idilios.

RAF. Y quien sois vos? Dónde habeis adquirido ese nombre y vuestra fortuna?

FED. Caballero, es un esdasiado! (*con altanería.*)

RAF. Acaso el misterio de vuestra vida, no legitima cuantas sospechas se conciben sobre vos?

FED. (*convulsiu.*) Tal ultra je!...

RAF. Hablais con desden de los demas, y yo quiero saber quien sois vos. (*á todos los enmascarados que estan en la escena.*) Venid, vais á presenciar una escena de magia egipcia.

FED. (Que irá á hacer?)

RAF. Vais á conocer la historia de una mujer... Mirad!

(Señala con el dedo al fondo, cuyo compartimento se abre, dejando ver una mujer, miserablemente vestida, la cual figura tocar un organillo, colocado sobre un carrito, á cuyo lado habra un cuévano, y en él una niña como de dos años; este grupo puede ser pintado, lo mismo que el siguiente, y si hay proporción, uno á cada lado de la decoración del fondo, ó bien en un espejo ó nudo que se trasforme.)

TOPOS. Bravo! Divino!

FED. (*asombrado.*) Gran Dios! Mi madre! Que prodigio es este?

RAF. (*riendo.*) Con que esa mendiga era tu madre?

Tú lo has dicho, Fedora. Esa criatura que duerme en el cesto, tal vez eres tú! (*desaparece todo.*)

FED. (Que poder infernal le favorece?)

RAF. (*á Rancy.*) (Cómo ha podido saber...)

RAF. Quereis saber cuál ha sido su juventud?

(En otro sitio diferente, se presenta un grupo ó cuadro, en el cual se vé una jóven de quince años, con el vestido roto, llevando en el delantall ramos de flores; á su lado hay un general ruso haciendola caricias, mientras que por detras hay un cosaco, echándole un pañuelo sobre los hombros; la figura de este cuadro, ha de tener el mayor parecido posible con la actriz que represente á Fedora.)

TOPOS. Bien! Bien, por la gran señora!

FED. (Cielos!)

RAF. Sabes que cuando tenias quince años, eras bonita, á pesar de tus harapos? Oh! El General ruso, tuvo buen gusto! Es preciso confesar, que la Rusia es el mejor país del mundo! (*desaparece el cuadro.*)

FED. (*internándose.*) Si no eres el demonio, eres el mas vil de los hombres! (*á Rastignac.*) Rastignac, un caballero debe proteger á la mujer, quien quiera que sea: vengadme de ese miserable!

RAF. Señora, Rafael es mi mejor amigo. (*la vuelve la espalda.*)

FED. (*á Rancy.*) Y vos, Vizconde? Mirad que ha sido vuestro enemigo, vuestro rival.

RAF. (*con indiferencia.*) Señora, dejé de ser celoso. (*idem.*)

FED. (*con desden.*) Me he equivocado! Solo se pide proteccion á las personas á quienes se estima; y si ahora me veo aislada, á una mujer como yo, nunca le faltan defensores. (*á Rafael.*) Te has de acordar de mí, hombre ó demonio! (*se confunde entre la multitud de máscaras, que se dispersan por derecha é izquierda.*)

RAF. Estoy atónito!

RAF. Debeis distraeros, Rancy; mirad, el mejor recurso que podeis adoptar, es el de dar un paseo por el salon de baile con mi mujer; os la cedo. GR. (*bajo.*) (Estais loco?)

RAF. (*id.*) (Diez minutos no mas;—tengo que hablar con Rafael.)

RAF. (*ofreciendo el brazo á Gertrudis.*) Señora, permitid que os ofrezca el brazo.

GER. (*aceptándole.*) Por no desairaros... (*vanse los dos.*)

ESCENA III.

RASTIGNAC Y RAFAEL.

RAF. Amigo mio!... Cómo diablos has podido conocer los misterios de la vida de esa mujer?

RAF. No sabes que mi voluntad...

RAF. (*riendo.*) Cómo! Aun quieries hacerme creer...

RAF. Lo que acabas de ver, no es una ilusion, es la realidad. La cólera de Fedora es una prueba de ello.

RAF. Si, pero tambien has oído sus amenazas.

RAF. Nada tengo que temer, mientras conserve un átomo de mi talisman.

RAF. (No tengo duda, este hombre está loco!) (*vanse los dos por la izquierda.*)

ESCENA IV.

JOB, EUTRASIA, AMILCAR, luego RAFAEL, RASTIGNAC y FEDORA.

(Job vá del brazo con Eufrosia, y rodeado de mascaradas, quienes se burlan de él; viste de Trovador.)

AMEL. (*disfrazado de dominó.*) Decid, niños, cuándo vosotros ha perdido á su visabuelo? (*señalando á Job.*) Aquí teneis un antepasado, fresco como un Matusalem.

JOB. (*desasistendose.*) Volete dejarme tranquilo!

AMEL. (*á la multitud.*) Traed un vizcochito para el pobre manon.

EUF. Quereis dejarnos en paz? Nunca he visto mascaradas tan imprudentes! No soy dueña de pasear con mi caballero?

AMEL. Decid mas bien con vuestra momia.

EUF. Os equivocais; es joven todavia.

JOB. (*gozoso.*) Oisla? Io sono giovane! (*á Eufrosia.*) (Domani io te regalaré una carrozza.)

AMEL. Venid, bailaremos alrededor de estos pollitos.

TOPOS. Bravo! Viva Amilcar! (*se dan la mano unos á otros formando circulo, y bailan en derredor de Job y de Eufrosia, hasta que Job, viendo entrar á Rafael, se precipita á su encuentro.*)

JOB. Io sono morto!

RAF. Qué os pasa, amigo mio?

JOB. Trogeedme! (*buscando.*) Dobe anda la mia Eufrosia?

EUF. (*corriendo.*) Aquí estoy, tórtolo mi.

AMEL. (*gendose con la multitud.*) A walsar, á walsar! Hasta despues, viejo trovador.

Raf. (á Job.) Sabéis que no representais mas de treinta años?

Job. Oh! Eñmore pos en. Phomine molto velo.

Raf. Siempre tan enamorado! Qué linda criatura lle-
vais!

CRIBO. (entra corriendo.) Gracias al cielo que os en-
cuentro; no sabéis lo que ha pasado en casa, desde
esta mañana?

Job. Non parlate mecum, io sono in società.

CRIBO. (Tengo que decirlos de pal' ras.)

Job. Io sere a vostro lado, Eufrasia. (se separa con
el criado empujándole.)

Raf. (á Eufrasia.) Quereis dar una vuelta por el
salón.

Euf. Cinco minutos nada mas. (pausa.)

Job. Dite, la tempestad, se no in mi casa?

CRIBO. Por que la tempestad; la justicia se ha
apoderado de todo, para venderlo antes de ocho
dias, y os meterán en la cárcel.

Job. Io sono prisionero de la bella Eufrasia? (buscán-
dola.) Dóde andas, Eufrasia? Voy á buscarla. (sale
corriendo.)

CRIBO. (sigue corriendo.) A mi amo le han vuelto loco!
(pausa.)

Raf. (mirando á Job.) Anda, pícaro viejo; echá por
tierra tu alitiva sabiduría, y dá el viento tus escondi-
dos millones. (queda por un momento. En este aparece en
el fondo Eufrosia con Amilear, y se sienta á Rafael.)

Amil. (á Eufrosia.) Es aquí el pobre diablo? A ese le
mato como quien mata una mosca. (Eufrosia se im-
pacienta.) Está dicho, solo tengo una palabra.—
(Eufrosia le dá su ramillete, y se esconde; Amilear se
coloca delante de Rafael; e antes de ir viniendo á la
escena, rodean á los dos.)

Amil. Caballero!

Raf. (Echándose.) Qué quereis?

Amil. Hace un instante me habéis pisado.

Raf. Lo siento; como hay tanta gente, ¿quién puede
evitarlo?

Amil. También se me figuró, que me habíais mirado
al través.

Raf. Sería porque no estaríamos frente á frente.

Amil. Caballero, eso es un insulto.

Raf. Si? Pues dispensadle.

Amil. Es que no admito disculpa. (Diablo de hom-
bre!)

Raf. No? Pues píos al infierno.

Raf. (á Eufrosia.) Qué esto? Estáis riendo?

Raf. (sonriendo.) No, es que el señor se está cham-
ceando.

Amil. Vuestro semblante me indica, que estais en-
fermo; podéis iros ya á acostar.

Raf. Si soporto con paciencia vuestros insultos, es
porque no quiero castigar vuestra ridícula estu-
pidez. Con solo quererlo, puedo dejaros ciegos, y ha-
sta mataros.

Amil. Creéis soy algun niño para meterme miedo?

Raf. Puesto que lo quereis vais á recibir una lección;
pero no por mi mano. (á Job.) Vais á batiros con él.

Job. (asustado.) Yo, santo cielo!

Amil. Yo os obligaré á batiros. (Levanta la mano para
dar un bofetón á Rafael, y el bofetón le recae Job.)

Job. (abatido.) Vá a morir! A morir!

Amil. (releazándole.) Vos á pescar.

Job. Voi navéte mampato, io debo obligaros á la
muerte!

Todos. Díce bien, ha sido insultado.

Amil. Cómo! Quereis que me bata con esa monía?

Job. Io sono forte; salgámonos de aquí.

Amil. Con vos?... A estas horas?

Job. La luce del celo es la migliore! Andiamo. (se van
todos por el fondo, excepto Rafael.)

ESCENA V.

RAFAEL, luego PAULINA.

Raf. (sentándose en el sofá.) Todo me cansa y me
fastidia... Será preciso que lo poco que me resta
de vida lo pase atormentado? Oh! solo un momento
vehemente podría dar vida á esta ahogada Paulina,
Paulina, noble criatura, que gozabas con mi dis-
cucha, y llorabas con mis sufrimientos; tú eres la
única que me les devolviera la alegría y los en-
cantos de mi juventud! Ven á mí, Paulina, como
yo voy hacia tí, con la sonrisa en los labios y el
amor en el corazón.

(En esto, las máscaras del fondo, se abren en dos filas pa-
ra dar paso á Paulina, que vestida de blanco y sin careta, ha-
ja pausadamente la escena, ocultando su rostro al público,
presenta una bolsa á todas las máscaras; al llegar á Rafael,
sin conocerle, le dice.)

PAU. Socorred á los pobres, por amor de Dios.

Raf. (desconcertado.) Paulina!

PAU. (desconcertada.) Vos aquí!

Raf. Es esto un sueño?

PAU. Que nos observan!

Raf. (á media voz.) Mañana iré á casa de vuestra
madre. (Paulina se deja, repitiendo de vez en
cuando.)

PAU. Socorred á los pobres, por amor de Dios.

Raf. (siguiéndola con la vista.) Oh! mañana te veré en
el Hotel de San Quintin. (Gran tumulto en el fondo;
aparecen varias máscaras que traen á Job en triun-
fo, y coronado, el cual saluda á todo el mundo.)

Todos. Viva el trovador! Viva el valiente!

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO IV.

Odio y amor.

La decoracion del primer cuadro.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL y la señora GERVA.

Raf. (Entrando con la señora Gervé.) Conque este ho-
tel no pertenece ya á la señora Gervé?

GERVÉ. Hace mas de quince dias. Ahora es todo una
gran Señora... Es la Baronesa de...

Raf. De Wisno?

GERVÉ. Justamente. Si viérais qué magníficos pen-
dientes y pulseras gasta!

Raf. Y de dónde le vino esa fortuna?

GERVÉ. De que le salieron ciertos sus sueños... Su
marido volvió de la India con un inmenso caudal.

Raf. Cosa rara!

GERVÉ. Si viérais que naturalota es! Lo mismo que
cuando vivia con nosotros! Me ha relido su esta-
blecimiento, con la única condicion, de que durante
un año, he de conservar esta habitacion á disposi-
cion de su antiguo inquilino.

Raf. Por vida mia, que habeis obedecido la orden!

GERVÉ. Como todo está tan caro, y el dinero anda por
las nubes, se ha alquilado á un estudiante llamado
Amilear.

Raf. Pues decid á ese caballero, que desocupe la habitación lo antes posible.

Gervé. En cuanto se lo diga! Justamente hay otro cuarto vacante. *(Se oye: tararear desde fuera.)* Aquí tenemos á Amilear.

Amil. *(Entra sin ver á Rafael con un brazo vendado.)*

¡Bajad, señora Gervé, que os esperan!

Gervé. Está bien. Os dejo con este caballero.

ESCENA II.

RAFAEL y AMILCAR.

Amil. *(Studiando.)* Caballero!... Calla, sois vos!

Raf. Oh! no me engañó; vos sois el que anoche...

Amil. ¡Hicisteis que se bañase con aquella monia, que sin saber cómo ni cuándo, me pegó un balazo en el brazo.

Raf. Yo sabía lo que iba á suceder.

Amil. Cómo! Acaso queréis también insultarme?

Raf. No tal; pues me consta que ya estáis pesaroso de vuestro alucinamiento.

Amil. Verdad es; á no ser por el Champagne y dos lindos ojos...

Raf. Cuáles? Los de la del dominó blanco? Sabeis quién es?

Amil. Lo sé; porque no me lo ocultó. Dijo llamarse Paquita. Oh! Es la griseta mas encantadora de todo el barrio latino.

Raf. *(No comprendo este misterio!)*

Amil. Gustáis sentaros?

Raf. Gracias! Solo quiero rogaros, que me devolváis esta habitación. Aun me pertenece durante un año.

Amil. Verdad es; la señora Gervé me lo tenía dicho. Lo que siento es, que he quemado varios de vuestros escritos para encender mi pipa. Ahora recuerdo que componian parte de un tratado de filosofía.

Raf. *(Sonriéndose.)* Por unos cuantos delirios menos, no empeoraría de situación la humanidad.

Amil. Voy á trasladar todos mis elisimes.

Raf. Me han dicho que hay en la casa otro cuarto vacante.

Amil. Estoy en grande! *(Hablándole desde la puerta.)* Señora Gervé!

Gervé. *(Desde dentro.)* Qué se ofrece?

Amil. *(gritando.)* Mande usted venir un carro con seis caballos, para trasladar mis muebles.

Gervé. Está bien, señor barbon.

Raf. *(mirando en derredor.)* Pronto está hecho.

Amil. *(descolgando un casco de bombero.)* Todos son objetos de lujo.

ESCENA III.

Dichos y la señora Gervé.

Gervé. *(entrando.)* Mandad lo que gustéis.

Amil. Llevaos eso. *(Le da varios objetos, entre otros unos pipas, un cuenco postizo, una vela dentro de una botella, y una guitarra.)*

Gervé. Está todo?

Amil. No creo que falte nada. *(a Rafael que estaba pen ardo en la ventana.)* Hasta la vista, vecino!

Raf. Servidor vuestro.

ESCENA IV.

RAFAEL, solo.

Raf. Aquí es donde se me apareció por primera vez, con sus juegos infantiles... su dulce sonrisa... con la que tantas veces cicatrizó las heridas de mi corazón. Aun creo verla sentada ante ese piano, ensa-

yando conmigo las armonías de nuestros mejores maestros. Qué voz tan pura y armoniosa! Con cuánta ternura se expresaba! *(se sienta en un sillón.)* Encantadora Paulina, cuánto me amabas! Ayer mismo, en su turbación, comprendí que aun reinaba en su corazón! Pobre niña, cuánto debiste sufrir con mis desvíos! Oh! yo haré que olvides esos fastidiosos días de mi vida, en que por correr tras una quimera, rechazé la ventura que tenía ante mí.

ESCENA V.

RAFAEL y PAULINA.

Paul. *(elegantemente vestida se aparece al través del estante de libros, el cual se transforma dejándola paso.)*

Aquí me teneis, dispuesta á escucháros.

Raf. Paulina! Oh! Gracias, gracias!

Paul. Estáis pálido, qué teneis?

Raf. He sido muy desgraciado!

Paul. Comprendo... Vuestro fausto de ayer solo era aparente; veo que sois el mismo Rafael de siempre.

Raf. En cuánto á eso, no... soy inmensamente rico.

Paul. Qué dicha! Si hubiérais sido pobre como antes, vuestro orgullo os hubiera hecho desconocerme. *(cambiando de tono.)* Qué me decís de aquella señora?

Raf. La desprecio, tanto como os amo á vos.

Paul. La dicha me rodea por todas partes. Mi padre, despues de largos años de ausencia, ha venido á entregarme una fortuna... Hoy me decís que me amáis; y yo, que comprendo vuestro amor y vuestro corazón, os entrego también el mío.

Raf. Paulina, ¿en que tanto me amas?

Paul. Y quién puede dudar? La que vendió su cruzcita de oro por socorrerme un día, qué no haría por tí?

Raf. Siento en el alma no ser dueño de un trono, para podérlelo ofrecer en recompensa de tu ternura.

Paul. Al contrario, celebraz que ambos seamos ricos para que cada uno procure la ventura del otro.

Raf. Oh! Tanta dicha me ahoga, y temo que algun suceso no venga á turbarnos.

Paul. A qué viene eso?

Raf. No puedes comprenderlo; poseo un talisman, el cual á veces me ha presagiado funestas desgracias.

Paul. A qué pensar en eso? *(se oye llamar á la puerta con misterio, y ambos se separan instantáneamente.)* Han llamado á esa puerta!

Raf. Quién va?

Una voz. *(desde fuera.)* Soy yo, abrid.

Raf. *(aterrado.)* Esa voz! Será una ilusión?...

La voz. Abridme, Amilear!

Raf. No me engañó! Es ella! *(abre la puerta, y aparece Fedra en traje de griseta del barrio latino.)*

ESCENA VI.

RAFAEL, PAULINA y FEDRA.

Raf. Fedora!

Fed. Rafael! *(quiere salir y Rafael cierra la puerta.)*

Paul. La Condesa Fedora!

Raf. No tal! Es Paquita la costurera, y la cortesana!... Es aquella habib mujer, que encontró el medio de acumular los beneficios del vicio y los provechos de la virtud.

Fed. *(sentándose y ocultando el rostro.)* Soy perdida!

Raf. Dónde están vuestros criados y vuestro tren?

FED. (Cuanta humillación!)

RAE. Paulina, y ¿estas engañada.

FED. (*desquintándose*.) ¿Cómo! Es esta aquella Paulina, cuya virtud me echabais tanto en cara? ¿Qué viene á hacer esa blanca paloma en una inoble bordada? Por Dios que no sois justo en humillarme también sola aquí.

RAE. (*desquintándose*.) Desdichada!... Inclinaos ante la Marquesa de Ville-Cresne.

PAU. Rafael mio, compadeceala.

RAE. Compasión con una mujer tan altiva y cruel, que conspira contra mi vida?

PAU. Cielos!

RAE. Ignoras que ayer, en el baile, insultó contra mí a un espadachín, amante suyo?

FED. Oh! sí; he jurado tu muerte; porque mientras tu vivas, mi vida es un opróbio y un suplicio! Así pues, Rafael, te juro que mi venganza ha de ser implacable!

PAU. (*acariciándose á Rafael*.) Esa mujer me da miedo!

RAE. La desprecio! No la temas! (*á Fedora*.) Sí, no te temo, porque me basta quererlo, para deshacer tus infames proyectos. Dime, Fedora, tú me odias? (*ella dice que sí*.) Pues bien, quiero que desle este mismo instante, me ames con locura, con frenesí, como yo te amo! Que sufras los desprecios y tormentos que me hiciste sufrir.

FED. (*llevándose la mano al corazón y hablando*.) Oh! Eso no será, ni puede ser; porque yo no lo quiero; porque me has perdido y porque te maldigo.

RAE. Mientes, desgraciada!

FED. Rafael, yo te amo... yo te amo... yo te amo! (*dice estas palabras, como impulsada por la fuerza, y cae de rodillas á los pies de Rafael*.)

RAE. (*dando la mano á Paulina*.) Vámonos, Paulina; la veo como deseaba verla. (*vase, y Fedora queda de rodillas, con los brazos tendidos hacia Rafael*.)

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO V.

Lo que se encuentra en el fondo de un pozo.

El teatro representa un sitio pintoresco en las montañas de Ubernía; á la izquierda una choza; á la derecha, y en el fondo, rocas practicables.

ESCENA PRIMERA.

FUGEROL, SIMONA y JACOLO.

Todos salen de la cabaña; Fugerol lleva á la espalda un azadon, y Simona con un cesto.

FED. A Dios, esposa! Voy á trabajar, ya que hemos tomado el alimento necesario.

SIM. Mira, no trabajes tanto como ayer; porque si te pones malo, entre el médico y el boticario se llevarán el fruto de nuestra cosecha.

JAC. Siempre pensando en el dinero, Simona!

FED. Dejela usted que hable, eso nada la cuesta.

JAC. Mi difunta mujer, á quien Dios la concedió veinte hijos, era lo mismo; siempre cuidando de no malgastar un centimo.

FED. Hasta luego, esposa mia. Ten cuidado de nuestro enfermo.

ESCENA II.

SIMONA y FEDORA.

SIM. Hasta despues, (*viendo la cabaña*.) ¡Calla! ¡Quiero esta señora! Qué vientos le traeran por aquí.

FED. (*viendo hacia Simona*.) Buena mujer, me dices si esta alquería es la de Pedro Fugerol?

SIM. Si señora. Y yo soy su mujer, para lo que gusto mandar.

FED. No habita en vuestra compañía un joven enfermo?

SIM. Por qué lo preguntais?

FED. (*dándole una bolsa*.) De esos chicos.

SIM. (*receiving la bolsa*.) Si tanto os interesa, aquí vive con nosotros.

FED. Como se llama?

SIM. Lo ignoramos, señora.

FED. Desde cuándo le teneis aquí?

SIM. Hace ocho dias; vino de Mont-or, segun nos dijo el señor Rastignac, su amigo.

FED. (El es! Mis noticias eran exactas.) (*alto*.) Y dónde está ahora?

SIM. Andará por esos peñascos, no muy lejos de aquí; apenas se aleja, porque no está para muchas fiestas.

FED. Gracias, buena mujer. (*dirigiéndose hacia la derecha*.)

SIM. Vámonos á arreglar su cama; apenas se levanta cuando vuelve á acostarse otra vez. Con vuestro permiso. (*Se entra en la cabaña y Fedora se detiene en el fondo, al ver que por la izquierda llegan Rastignac y Paulina*.)

ESCENA III.

FEDORA, RASTIGNAC y PAULINA.

FED. (Paulina aquí!)

PAU. (*á Rastignac*.) Decís que es esta la casa donde vive Rafael? (*viendo á Fedora*.) Otra vez esta mujer!

RAS. Fedora?

FED. Yo misma... no pensabais verme en estos sitios, y tan cerca de Rafael? Ya que rehusa los cuidados de su esposa, justo es que alguno cuide de él, y nadie mejor puede hacerlo que una amiga, cuyo amor fué la causa de todas sus desgracias.

PAU. Qué decís?

FED. Que sus injurias y cólera hacia mí, eran hijas de la desesperación! Que mi amor es su vida... Y la prueba de ello es, que á los ocho dias de casarse con vos, ha venido á este sitio, porque no podía soportar el tormento que ese lazo le inspiraba!

PAU. Qué dice esta mujer?

FED. He venido para salvarle y le salvaré.

PAU. Sabed, señora, que Rafael es mimado, y que á mí me toca cuidar de él.

FED. Por qué le dejásteis venir solo? Yo, en vuestro lugar, con cariño y con ternura, le habria vuelto á la vida.

PAU. (Dios mio!)

FED. (*viéndole salir*.) Aquí le teneis! Contempladle, y vereis la felicidad que vuestro enlace le ha proporcionado. (*se retira al fondo y observa*.)

ESCENA IV.

Dichos y RAFAEL.

RAE. (*abrazando á Paulina*.) Paulina mia!

PAU. El corazón me decía, que habria de alegrarte mi presencia.

RAE. Ansiaba por momentos abrazarte, y el cielo me

concede esta dicha. *(aterrado.)* Qué digo. Es dicha arranca un pedazo de mi existencia! Ah! Paulina! Tu amor me causa la muerte.

PAU. Qué dices?

RAU. El talisman! Ese talisman!...

RAU. No me prometiste olvidar ese nombre. cuando por consejo mío, arrojaste al pozo de esta alquería tu pretendido talisman?

PAU. Como! Esa piel de Zapa, la que tanto mal te causa? Vamos, no sea loco, y abrázame.

RAU. *(Crechendo.)* Ahíelas ni muerte?

PAU. Rafael!

RAU. Vete de aquí, te digo.

PAU. Rastignae, ya no me ama!

RAU. *(obsesivo.)* (Estoy segura de ello.)

PAU. La Paulina y La esclavitud de su cerebro le hacen decir lo que no siente. Te mostre unos momentos, hasta tanto que se tranquilice. *(Se aleja.)*

ESCENA V.

RAFAEL solo.

RAU. He sido capaz de alejar a Paulina de mi lado. La mujer a quien tanto amo? Por temor de abrenunciarme inserto, he de privarme de sus caricias y su gratia. Rastignae tiene razon. soy maníaco, y me lo hehechar por la menor impresión. Toda vez que el talisman yace sepultado, nada debo temer... En la su estro respiraré con mas libertad.

ESCENA VI.

RAFAEL Y SIMON.

RAU. *(Entrando.)* Señor! Señor!

SIM. Qué os pasa?

RAU. Mirad lo que he encontrado en un cubo, al sacarla agua del pozo. Será alguna planta marina? *(Le muestra la piel de Zapa colgada al tamaño de un niño.)*

SIM. (Gran Dios!)

RAU. Como sois inteligente, quiero que me digais si esto vale algo para venderlo.

SIM. *(dándole dinero.)* Tomad! Ahn teneis mas de lo que vale.

RAU. Un Luis! Voy a ver si encuentro mas. *(trase corriendo.)*

ESCENA VII.

RAFAEL solo y absorto.

RAU. En el siglo de las luces, donde hemos aprendido, que el diamante es producto del carbon cristalizado en una época que todo se explica, cuando la policia seria capaz de presentar a Mohamed ante los tribunales, y someter sus milagros a la academia de ciencias, he de dar crédito a los talismanes... a la magia blanca! A esos secretos del gran Alberto! *(mirando la piel.)* Bien dijo el judío italiano!... Mañana me encontraré muerto dentro de mi lecho. *(dada abismado.)* Job entra por el fondo, busca, y al ver a Rafael se acerca.)

ESCENA VIII.

RAFAEL Y JOB.

JOB. Il signor Rastignae me había engañado.

RAU. Quien viene? Oh! Es Job el judío! El asesino!

(agrega dale del cuello.) Miserable! Quiero vengarme antes de morir!

JOB. *(Aterrado.)* Mio signore, sedete tranquilo, io os aporita la salute y la vita.

RAU. Como? Si eso es cierto, habla pronto; mira que por momentos se acaba mi vida!

JOB. *(misteriosamente.)* Non capiscate il calde, que contiene il vostro talismano?

RAU. *(mirando el talisman.)* Como, estas líneas misteriosas encierran mi salvacion?

JOB. Io lo credo.

RAU. Pues no me dijiste que ignorabas ese idioma?

JOB. Io lo diceba, porque voi non aviete danaro per pagar il secreto que lo sapeba.

RAU. Cuanto quieres por el secreto?

JOB. Cas! niente: os acordais de Eufrasin, la giovane bollarina?

RAU. Bien, y qué?

JOB. Qui lo ha! Ed i locuras per questo demminio... io sono perduto quanto possedeva... è qu'io vengo cadenas de seguita per las calles, per menchiare.

RAU. Comprendero... esa joven, despues de haberlo arruinado, te ha abandonado? Despreída pues?

JOB. Non posso: io la adoro e morro per ella.

RAU. Y qué queréis que haga?

JOB. Si voi volete demandare per me la donna Eufrasina?

RAU. Sabes que va mi vida en cada deseo?

JOB. *(Exclamando la piel.)* Vostra vita durará ancora de horas... voi perdetes poca cosa. è in cambio, o donarè la salute de gioventud.

RAU. Acepto pues; mas si me engañas, desdichado de ti, aun cuando solo sobreviva un minuto.

JOB. Demandate, qui lo ritorne rico.

RAU. Lo quiero! Lo deseo! *(al decir esto, el traje miserable de Job, se cambia por uno riquísimo. Se abre una roca, y se ve a Eufrasia acostada en un lecho de rosas.)*

JOB. Santo cielo! eme aqui poderoso, forte è e n! mia Eufrasia!

RAU. *(Acerándose a Job.)* Vos aqui, mi buen amigo. *(se abraza.)*

RAU. (Job.) Pronto, esplicadme ese escrito.

JOB. *(Toma la piel y lee.)* Que cualquiera mortale, hombre o muquer, qui volete donar la sua vita per la tuya, è io perdo tut i il mio podere. *(der. trindole el talisman.)* Buscad, mio caro, buscad!

RAU. Quién ha de querer morir por mí? Eso es imposible!

JOB. *(Señalando a Jacobo, que cruza el teatro.)* Per qué non parlate a quello infortunato homine? *(vase saliendo con Eufrasia.)*

ESCENA IX.

RAFAEL Y JACOBO.

RAU. Decidme, buen anciano, teneis mucho amor a la vida?

JAC. Qué amor queréis que la tenga, cuando ya estoy tocando la tumba? Vida como la mia no vale veinte centimos.

RAU. Y si os diesen muchísimo por ella?

JAC. *(Espantado.)* Qué queréis decir?

RAU. No acabais de espresar vuestro disgusto por el estado tan desgraciado en que vivís?

JAC. Tengo ochenta y dos años, y aun confio en cumplir mas de ciento. Oh! mas de cuatro jóvenes han de ir delante de mí. *(Chúpate esa.)* *(se sienta en un banco de piedra.)*

ESCENA X.

D. Jaco y Fugero.

Raf. Que bien dice el filósofo, que cuanto mas desgraciado es un hombre, mas apuro tiene a la vida. *(Cae el telón, y se oye un ruido de puertas.)* Ya estáis de vuelta.

Fec. No me habéis dicho nada de eso. ¿No puedo vivir así? En un instante he mis perdido toda la cosecha! Ni una esquila he dejado en pie la tormenta.

Raf. Y quien ha podido contenerlos en vuestra desgracia?

Fec. El pensar en mi mujer y en mis hijos.

Raf. Y si os asegurasen su porvenir?

Fec. Lo decís por burlaros.

Raf. Además, si os diera un millón por vuestro vida, lo aceptaríais?

Fec. Varios, no traéis de temerme con vuestras ofertas, no son una para mí.

Raf. No me extraña, a mi se lo podéis preguntar a vuestras riquezas y a vuestra familia.

Fec. Cuando vos no lo decís, debe costar mucho trabajo el pronunciarla.

Raf. Es poco como basta solo que digáis, consiento en morir por vos.

Fec. No lo más que costará a familia, que bien poco es. *(Además, para nada me comprometen esas palabras.)*

ESCENA XI.

Dichos y Simona.

Raf. *(A la puerta de la cocina.)* Fugero!, qué haces ahí parado, charlando a la luz.

Fec. Estaba pensando en una cosa.

Raf. El hombre que no tiene rentas, no debe pensar más que en trabajar.

Fec. Justamente el señor me ofrece un millón, por decir que quiero morir en su hogar.

Raf. *(Asombrado.)* Un millón dices! Aceptalo al momento.

Fec. *(Inquieto.)* Ojalá te parece buena oferta, eh? Te doy gracias, es esa idea veo cuando me se enjugaría tu llanto, besando un sustituto, *(A Jaco.)* Pódeis guardar vuestro millón, no sé si lo que ninguno se divierte a mi costa.

Raf. La negativa del suegro, me hizo presentir la de su yerno.

Fec. *(A Jaco.)* Calla! Con que no aceptaba usted la proposición que le hacían, pudiendo dejarnos con ella un grato recuerdo.

Jac. Si tan buena te parece, por qué no la aceptas tú? *(Haciéndole señas.)*

Fec. *(A lo mismo.)* Porque yo soy joven y buen mozo, ustedes es viejo, y feo!

Raf. *(Riendo con sarcasmo.)* Padre, no considera usted que este es un egoísta, y que nada le importa la felicidad de su mujer y de sus hijos?

Fec. Luego nada te importa que yo me muera, con tal que tú tengas mucho dinero para gastarlo con otro? Como con un garrote!...

Raf. *(Diálogo de hombre.)* Todos son lo mismo! *(A Fugero.)* Mas valiera que fueses al cerredo, y encerrasas las gavillas, en el sobrado, que va a estallar una tormenta, antes de cinco minutos! Anda, holgazan, berracho! *(Se van los tres disputando.)*

ESCENA XII.

RAFAEL, JACO FEDORA.

Desde que aparece Fedora, se oye el ruido de las puertas, y se oye el ruido de las puertas. El telón debe quedar así durante el final de la obra.

Raf. Es necesario que busques, ha dicho el juicio.

Fec. Busquemos pues, y apurémonos estos pocos instantes que me restan de vida. Cuán ingrato he sido, separándome de Paulina, de ese ángel que el cielo me envió para consolarme en mis últimos instantes.

Raf. *(Asombrado.)* ¿Cómo ha sucedido? Rafael!

Fec. *(Cobardemente.)* Fedora!

Raf. Rafael, en nombre del cielo no huyas de mí!

Fec. Imploro tu perdón, como imploraré el del cielo con desesperación! Ni aun deséchame, quíreme!

Raf. Qué haría, Dios mío, para probarle mi amor?

Fec. Voy a morir, señor! No turbeis mis últimos instantes!

Raf. Vas a morir? Eso no puede ser! Es imposible!

Fec. *(Mirando a Paulina.)* Si me amáis como yo os amo, no abreviéis los pocos momentos que me restan de vida.

Raf. Y qué hacer para salvarle? Oh! Mi vida daría por la suya!

Raf. *(Cayendo a los pies de Paulina.)* Concedidme, concedidme, Fedora, seréis capaz de morir por mí!

Fec. *(Abatida.)* Y lo habéis logrado! Cuán desgraciada soy! *(Aparece Paulina en el fondo con Rastignac.)*

ESCENA XIII.

RAFAEL, RASTIGNAC, FEDORA y PAULINA.

Raf. Esa mujer a su lado! Qué ocurrirá?

Raf. Observemos.

Raf. *(Con acento salvaje.)* Fedora, si te asegurase bajo mi palabra, que era necesario ofrecieseis tu vida por la mía, consentirías en semejante sacrificio?

Fec. Rafael, me das más lo y alegro al mismo tiempo he visto tales sucesos en tu que no parece sino que mandas a un poder misterioso.

Raf. Ciertamente! Pero ese poder, nos ha hecho a los dos señores y esclavos... El pacto está aceptado!

Fec. Gracias, Dios mío; pues si muero por salvarle, concederá una ligrima a mi inmortu!

Raf. Con que estás resuelta a pronunciar estas palabras que te diré, puesta una mano sobre el corazón y el talismán en la otra: *lo deseo y lo quiero!*

Fec. *(Mirando a Paulina.)* ¿Y para el talismán?

Raf. *(Mirando a Paulina.)* ¿Y para el talismán?

Fec. *(Mirando a Paulina.)* ¿Y para el talismán?

Raf. *(Mirando a Paulina.)* ¿Y para el talismán?

Fec. *(Mirando a Paulina.)* ¿Y para el talismán?

Raf. *(Mirando a Paulina.)* ¿Y para el talismán?

Fec. *(Mirando a Paulina.)* ¿Y para el talismán?

Raf. *(Mirando a Paulina.)* ¿Y para el talismán?

Fec. *(Mirando a Paulina.)* ¿Y para el talismán?

Raf. *(Mirando a Paulina.)* ¿Y para el talismán?

Fec. *(Mirando a Paulina.)* ¿Y para el talismán?

Raf. *(Mirando a Paulina.)* ¿Y para el talismán?

Raf. *(besando con desesperación las manos de Paulina.)* Muerta! Muerta por mi amor!

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO VI.

Un telón de nubes que oculta el anterior cuadro a los ojos de los espectadores; después subiendo, se deja ver la habitación de Rafael, como estaba al fin del primer cuadro; Rafael está acostado en su cama, y Paulina, vestida como en el primer cuadro, está arrodillada junto a él. Rastignac está de pie, inclinado sobre la cama.

ESCENA ÚNICA.

RAFAEL, PAULINA, RASTIGNAC y la señora GODEN.

RAF. *(soñando.)* A mí, Paulina! A mí! Yo te amo. Yo te...

PAU. Qué me decís, Doctor?

RAS. Que se ha salvado. Este acceso de delirio, será el último, sin duda. Ahora puedo responderos de su vida.

PAU. *(de rodillas.)* Gracias, Dios mío!

RAF. *(incorporándose.)* Paulina! Rastignac! Qué es lo que por mí pasa?

PAU. Habéis estado de mucho peligro desde ayer noche, pero vuestro mejor amigo el Doctor, dice que ya estáis mejor, y por eso yo daba gracias a Dios.

RAS. Te he curado de una fuerte congestión cerebral! Oh! Ha sido una gran cura! Verdad que es la primera, pero no dudo que me ha de acreditar.

RAF. Una congestión cerebral! Según eso, la piel de Zapa y el pacto con ese poder misterioso?...

RAS. Todo una alucinación.

RAF. Y lo de la condesa Fedora?

RAS. Recuerda apagado de un amor frenético.

RAF. Y mi herencia?

RAS. A Dios gracias, es la sola realidad, en medio de tantas locuras, forjadas por tu delirio.

RAF. *(mirando a Paulina.)* La única realidad, ¿dices tú?

RAS. Eres rico, mi buen Rafael; pero no millonario, como decías en tus ensueños; posees lo suficiente para vivir con independencia y honradez. Tu cabeza no estaba muy segura cuando vino el notario a notificarte, y tu loca fantasía, deliró riquezas sin cuento.

RAF. Conque soy feliz y ella me ama?

GODEN. *(entrando.)* Qué hay? Cómo está el enfermo?

RAS. Ya no hay peligro, y podeis disponer que vuestra hija, se vaya a descansar, pues harto tiempo ha velado.

RAF. Cómo! Paulina ha velado por mí?

RAS. Con el cariño de una hermana! Oh! Esa niña es un ángel, y difícilmente, has de poderla pagar lo mucho que la debes.

RAF. Creo que sí. *(tomando la mano de Paulina.)* Señora Goden, ¿quereis concederme la mano de vuestra hija?

PAU. Cielos!

GODEN. *(locu de alegría.)* Qué decís? Será posible, que todo un Marqués...

RAS. Sea en buen hora! Tu delirio te ha hecho ver, que la verdadera sabiduría, no consiste en correr tras de la dicha...

RAF. Cuando basta estender la mano para alcanzarla. *(Todos se estrechan las manos y forman un bello grupo de reconocimiento y de afecto.)*

FIN DEL DRAMA.

PINTO:

maquina de G. Alhambra, Monjas 8.

1865.

La piel de Zapa.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representación se autorice. — Madrid 21 de Marzo de 1866. — El Censor de teatros: — NARCISO S. SERRA.

